AÑO XIX. — Nº 906. EL DIA MONTEVIDEO, MAYO 28 DE 1950.



EDUARDO FABINI.

La desaparición de este ilustre músico uruguayo ha significado para el país la pérdida de uno de sus valores más excelsos, creador de nuestra música sinfónica con lenguaje sonoro en el que está la savia racial, inspirada en motivos de ambiente campero a los que dió relieve luminoso, incorporándolos al acervo universal. Su nombre y su obra trascendieron los límites geográficos del país, para convertirse en una de las glorias más legítimas de la música americana.



Frente a un grupo de arroceros se realizan las pruebas de una moderna "taipera" que reducirá los costos de preparación de la tierra.



Canal de riego de un arrozal junto a la toma de agua del río Cebollatí, sobre el que se encuentran varias explotaciones.



"Trineo" que, tirado por un tractor, se utiliza para el transporte del arroz, a los caminos, es empleado por los técnicos del Banco Internacional para recorrer los plantios.



Modesta vivienda de un propietario de arroceras, que se levanta junto a la margen izquierda del arroyo del Parao.



Cosechadora de arroz que siega, trilla y embolsa el grano, parte para su trabajo en uno de los arrozales de Treinta y Tres.



La naturaleza del terreno sobre el que se cultiva el arroz, obliga a la construcción de buenos caminos sobre el que se realiza el transporte del grano y de las viviendas del personal.

CULTIVO DEL ARROZ EN EL URUGUAY



Pese a la existencia de máquinas cosechadoras, la extensión de los cultivos exige, en algunos casos, que la siega se haga a mano



La densidad de población en las arroceras reclama el funcionamiento de centros de enseñanza primaria que sostienen los propios arroceros.

POCOS son los cultivos que, como el arroz, llegan a valorizar los campos en que se asientan las explotaciones. Tierras que permanecieron inactivas por sus condiciones agrológicas que las volvían inaptas para su aprovechamiento agrícola o ganadero, recibieron desde no hace muchos años los incalculables beneficios de la actividad arrocera. Su particular forma de explotación que obliga a la sistematización del terreno para adaptarlo a los cultivos arroceros, por medio de canales que desagotan los esteros y, más tarde, en momento oportuno, los inundan en su función fertilizante, para quedar en barbecho respetando el sistema de cultivo rotativo, hace todo que en el correr de los años aquellos campos que la permanencia de agua sobre ellos los transformaban en dilatadas extensiones inservibles para un aprovechamiento racional, se valoricen notablemente y pasen a enriquecer nuestro patrimonio territorial para el aprovechamiento ganadero. Miles de hectáreas que comprenden la cuenca arrocera de la Laguna Merín y los ríos Cebollatí, Olimar, Tacuarí y el arroyo del Parao, conjuntamente con las zonas arroceras del Uruguay, Cuareim y Tacuarembó, integran nuestra riqueza arrocera, en donde la inversión del capital llega a sumas fabulosas en relación al área sembrada, ha creado una nueva fuente de trabajo para los hombres de campo y un evidente beneficio para la economía del país que se refleja directamente en el movimiento de divisas al suprimirse las importaciones del extranjero y ofrecer ya, dentro del amplio margen de la producción, un apreciable saldo exportable, cuyo volumen irá en aumento toda vez que se logren reducir los costos del cultivo por la vía oficial o por el esfuerzo y la competencia de los propios cultivadores de arroz.

Industria compleja en los que, a los problemas de orden agrario, se suman los que inciden sobre el aspecto mecánico e industrial; de cosechas sumamente irregulares que en pocas horas puede llegar a transformar una esperanza de futuro bienestar en completa bancarrota; que reclama una competencia especializada y el aporte de enormes capitales en preparación del terreno, maquinaria agrícola e instalaciones industriales dentro de los cultivos, no encuentra siempre el amplio apoyo que merece y su desenvolvimiento se realiza siempre dentro de una incertidumbre que malogra las ansias de progreso y de superación a que se muestran dispuestos los arroceros del país, como ya en múltiples ocasiones lo han demostrado al soportar graves períodos de agudas crisis en sus negocios o multiplicándose para introducir en los cultivos nuevos métodos de labranza que abaraten los costos originarios de la producción.

J. C.

El pintor Héctor C. Escardó

UN óleo firmado H. Escardó, 1893, que vendióse en reciente subasta pública donde se dispersó el mobiliario de una de las pocas restantes casas solariegas montevideanas dignas del calificativo, actualizó, inesperadamente, el nombre de un pintor español, joven artista incorporado a nuestro ambiente en las más envidiables circunstancias, para ser de pronto arrebatado en plenitud de vida y de entusiasmos.

Era ya un valor efectivo, cuando falleció de tifus el 17 de setiembre de 1896.

❊

El cuadro —motivo de la costa Sur, a los fondos del viejo cubo de la cintura de fortificaciones coloniales— salió a remate como de autor desconocido, pues las referencias con que suponía esclarecer a la concurrencia el comerciante que empuñaba el martillo, resultaron tan imaginarias como absurdas.

De ellas la unanimidad del concurso de presuntos pintores, aficionados y simples curiosos deduciría, si pudo deducir algo, que el Escardó firmante del cuadro tendría que ver —de cierto modo— con un antiguo hombre de negocios y de pluma, argentino, Florencio Escardó, largamente vinculado con Montevideo donde residió muchos años, y fué tronco de una conocida familia.

La verdad de las cosas era otra, y bien haya la hora de la venta que me permite sacar del olvido en que yace —de 1896 acá— el nombre del paisajista catalán enamorado de nuestra campaña.

Mi lista de pintores, escultores y artistas afines vueltos a la luz, para juzgarlos lleno de comprensión en su ambiente y conforme a lo que llegaron y era posible que dieran de sí, es larga y enraiza en el primero de los libros que tengo escritos...

Tal vez este trabajo —al que debieron llevarme sentimientos de justicia y tristeza involucrados a un desvanecido sueño vocacional— sea uno de los que más estimo en toda mi obra.

❊

Para rehacer el corto itinerario de la existencia de Héctor C. Escardó hubo que recurrir, como primera y obligada fuente a la información de la prensa contemporánea en cuyas columnas está manifiesto, inequívoco y espontáneo, no sólo el juicio consagratorio del pintor sino las referencias de orden personal e íntimo al hombre querido de todo el mundo, corazón sencillo y noble, afable y caballeresco, capaz de corresponder a todos los afectos, junto con otros predicados igualmente envidiables con que se le decora —sin excepción— en los artículos periodísticos.

Pronto gracias a la buena voluntad con que mi amigo Octavio C. Asunçao, adquirente del cuadro, sabe poner a servicio de semejantes empresas artístico históricas, no demoró en tener a mano toda una exhaustiva bibliografía de prensa.

Pero —mismo en tal punto— no se vislumbraba por mí la posibilidad de culminar conforme al propósito de trazar la doble semblanza del hombre y del artista cuya muerte, recuerdo muy bien, sabida en el Salto cuando era estudiante con veleidades de pintor, me había impresionado inexplicable y hondamente.

❊

Pero el evidente déficit comprobado en las noticias impresas —puede luego compensarlo por encima de todo cálculo— después de una larga amable visita al Dr. José Cremonesi, que fuera amigo de juventud con el pintor.

Cremonesi, distinguido profesor que hizo honor a nuestra cátedra universitaria, y el Dr. Jaime Cibils Larravide, figura representativa en el foro nacional, figuraban entre los firmantes del selecto grupo de diez y seis amigos cuyos nombres aparecen al pie de la invitación fúnebre de 1896.

Supe recién entonces de labios del prestigioso profesor de filosofía, noticias personales y de primera mano del pintor catalán enamorado —hasta más allá— de los aspectos y paisajes de nuestro campo.

Las telas de mano de Escardó, conservadas allí en la casa amiga, ilustraban, en su silencio, los relatos de una memoria de privilegio.

Escasos y sobre todo dificilísimos de situar son a estas horas los trabajos pictóricos de Escardó.

Escasos porque la vida no le permitió desarrollar el talento y a la dominante vocación que en sí hermanaba. Más difíciles de hallar al cabo de más de medio siglo de olvido, que los tiene dispersados el viento de la vida.

De algunos de sus paisajes perdura el sugestivo recuerdo. Así, las Taperas, tres sentidos motivos propiedad de los amigos Bachini, Poney y Carlos García Acevedo. En poder del Dr. José Irureta Goyena, con quien el pintor estuvo unido por lazos verdaderamente fraternales; del señor Baffico, entusiasta admirador del pintor, y de algunos otros contemporáneos, podrán situarse exponentes —"opera interrupta"— del valor artístico que brilló fugitivo en el cielo capitalino.

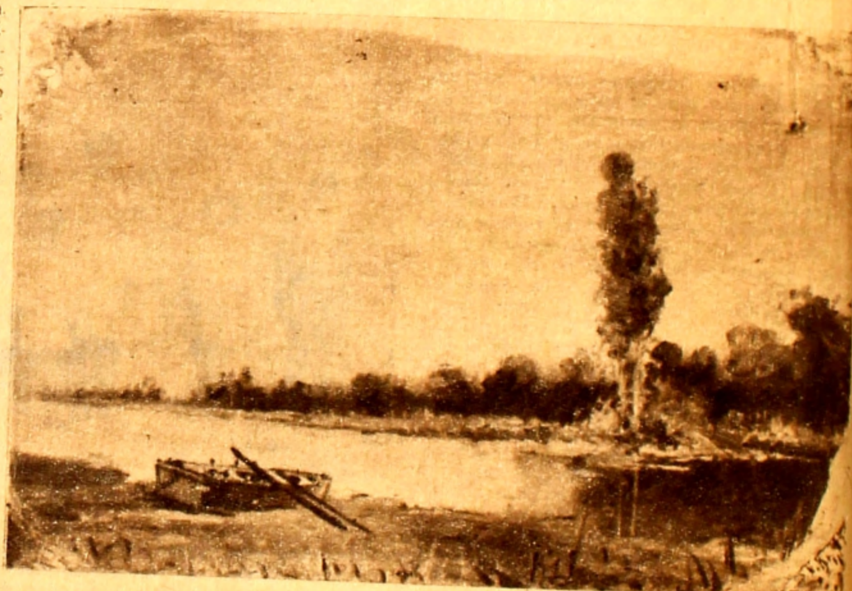
Lo que se conserva en manos del doctor Cremonesi, a quien debo el retrato ilustrativo de la página, serviría perfectamente como base de una muestra retrospectiva.

Aparte de esta situación de labor pictórica y de los juicios que ella sugiere, que no me incumbe a mí, restaría abocarse el boceto a trazo rápido de la vida del hombre que vista a través de la evocativa plática con Cremonesi, adquiriese los caracteres de un romance y es merecedora de capítulo aparte.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.
(Especial para EL DIA).



Héctor C. Escardó, pintor español muerto en Montevideo en 1896, en plenitud de su carrera artística.



El Paso, motivo para un paneau. Estudio de una estancia de Durazno (Colección particular).



Paisaje de la costa Sur, óleo de Escardó. (Galería de O. C. Assunçao).

"Vuelo por Sur América"

Poetas del Uruguay

Luis E. Nieto Caballero, escritor y diplomático de notorio prestigio, realizó hace algún tiempo un "vuelo por Sur América" en visita a distintos países, representando a Colombia. Estuvo en Montevideo para asistir a la inauguración del monumento a Rodó, conoció a nuestros artistas, llevó libros de nuestros escritores, y en una serie de entrevistas que el diario "El Tiempo", de Bogotá le hiciera, habló de unos y otros en la forma que, recortada del resto del reportaje, harto extenso para ser transcripto íntegro, reproducimos.

"ENCONTRE al doctor Nieto Caballero leyendo las poesías de Delmira Agustini.

—Esto es prodigioso, me dijo al contestar mi saludo. Esta mujer tenía que enloquecer y que hacer enloquecer. Es el deleite y es el soplo glacial que congela la sangre. Con Delmira se va derecho al cielo o derecho al abismo. Es una orquesta de ángeles para que baile el diablo. Sacerdotisa lúbrica, sacerdotisa helada, cambiante y fantasmal, fulgor, ceniza, alma de alucinada, cuerpo de serpiente, cámara de resonancia para todos los rumores del mundo, la dirige, para que se retuerzan los que escuchan, en las puertas del infierno. Vea el libro que me regaló Juana. Lo tengo lleno de rayas y de interrogaciones. Si fuera joven, diría: de lágrimas y besos.

—Caramba con su entusiasmo!

—Vea el estudio soberbio de Alberto Zum Felde. También está todo subrayado. Supo interpretar, como acaso no lo ha hecho nadie, todo lo que hay de misterioso y de sagrado en su temblor. No es el estudiante de cortos años que se parece por adivinar o por encontrar o por excitar sus anomalías, viciosamente, en las obras de Freud. Es el crítico maduro, objetivo y subjetivo, que se detiene asombrado ante un fenómeno, para descubrir lo que hay en él de sublimación del instinto, de sentido metafísico, de adivinación sin pecado, y al propio tiempo de anhelo de crear la super-mujer para cuando vaya llegando el super-hombre. Lo terrible es que a nada de eso supremo se puede ir sino por los espantables caminos de la angustia. Para Delmira el balazo del marido en el corazón. Para Alfonsina Storni, el suicidio.

. . . .

—Y de Blanca Luz, ¿qué era lo que quería decirme?

—Ah! Blanca Luz, a dios gracias, no es todavía una sombra. Es una criatura singular, al margen de las convenciones y las reglas, cuya adolescencia puede decirse fué una ofrenda a un lírico de fuego, a un hombre de garra, al inspirado y desgraciado Juan Parra del Riego, cantor de la velocidad, de la máquina, del deporte, del progreso, que fué mordido por la tuberculosis. Blanca Luz fué su amor y su enfermera, la inspiradora de sus cantos esenciales, los del alma, y la consoladora en las horas amargas de la consunción y de la muerte. Espíritu de sacrificio, de nobleza y de locura, el suyo! Mujer vibrante, de vida novelesca, revolucionaria, audaz poetisa de romances, de cantos á los caudillos y a las gestas de su tierra uruguaya, mente inquieta, desenfadada, que se ha confesado con el público, que ha desafiado sus normas, que ha leído sarcásticamente, mientras una raya de preocupación, de desdén o de cólera le ha ido marcando la frente amplia, que circunda una melena alborotada, siempre al viento! Rostro hermoso, con ojos claros, francos, seductores y desafiadores, respingada nariz y labios finos, hechos para estar entreabiertos. Es de una simpatía y de una conversación que encadenan. Está escribiendo un libro, que llamará "María", para contraponerlo al de Isaac, para mostrar cómo es el amor o cómo debe serlo en la mujer moderna, al propio tiempo que para hablar de sus experiencias en México, en los desiertos de Atacama en Chile, en Buenos Aires y en otras ciudades argentinas. Con dedicatorias fastuosas me entregó los libros de Parra del Riego y varios de los suyos, entre los cuales su antología, "21 poemas, 21 pueblos", tiene, respecto de Colombia, que ella admira, quiere y desea conocer, un error de cuenta. Para representar a esta tierra escogió muy bien escogido, a don Rafael Pombo. Pero en la nota de presentación afirmó que era más conocido como pedagogo que como poeta — nuestro poeta más completo, Blanca Luz! — y publicó dos fábulas... Eso no es Pombo. Pero de Blanca Luz lo que realmente me sacudió, después de sentir el hechizo de su persona, fué su libro "Contra la Corriente".

. . . .

—¿Y Sabat Ercasty?

—Ese hombre tiene el halo, la abstracción, la alucinación, la bondadosa sonrisa del poeta. A los sesenta años tiene una hermosa cabeza blanca de cabellos revueltos, de seda, de luna, que él echa hacia atrás con su mano pontifical de artista. Es la cabeza, es el perfil de Liszt, con las rapsodias por dentro. Es un hombre en perpetuo estado de asombro, y de adoración ante la naturaleza. Ha cantado a todos los elementos, ha llevado a sus versos la música del mar, ha interpretado al hombre como una fuerza en el caos, ante el destino, con el gesto del ordenador, del creador, con el rugido de la rebeldía, de la protesta. Es sólo vibración. Es astrónomo. Conoce las estrellas por sus nombres, y las invoca como a deidades que influyen en su suerte. Es músico intuitivo, pero con un poder de captación y de recuerdo que le hace posible repetir, tarareándolas, las más difíciles partituras de los grandes maestros. Y es de una fecundidad de langosta. Treinta libros lleva publicados, y tiene otros treinta inéditos. No puede resistir a la emoción cuando lo sacuden una idea o un paisaje. Es un místico y es un revolucionario, es un hombre de sociedad y un hombre de soledad, un hombre que oye voces y que las obedece, para lanzarse en el torbellino del Demos, o para aislarse como un anacoreta. Y de todas sus experiencias sale un canto que parece dictado por seres invisibles. Escribe febrilmente. Expulsado el demonio interior, clavada en las cuartillas la obra de belleza, el poeta descansa. Deambula por entre los árboles, por la orilla del mar, o hace viajes de explorador para encontrar nuevos motivos, para oir de nuevo el llamamiento.

—¿Cómo es personalmente?

—Un hombre de una dulzura, de una bondad, de una sonrisa de patriarca. Con una constante disposición a hablar con fuego de todo lo que le interesa. Me hizo recordar, por algunos aspectos, a Gilberto Garrido. Tiene del poeta de "Llanto" el tamaño, los ojos claros, la maravillosa exaltación. Es así un hombre alto y sensible, ardido por el pensamiento, con sabiduría de mago, con ingenuidades de niño, de una sencillez y de una gracia de las que parece ausente la conciencia de su propio valer. Alguien hizo nuestra recíproca presentación en la inauguración del monumento a Rodó. "Usted me fusiló" un libro, me dijo para repetirme las gracias, dadas en una carta hace diez años, por el artículo en que alabé gozosamente sus poemas del mar. Después volví a verlo en casa de Juana de Ibarbourou. Me llevaba de regalo el primer número de una revista que acababa de lanzar al viento, para la que me pidió colaboración en la forma más obligante. Carlos Sábat Ercasty, al margen de la política, de la implacable lucha en que se destrozan los hombres, como vivía aquí Eduardo Castillo, es para mí la expresión más armoniosa de lo que física, moral y espiritualmente debe ser un poeta.

(De "El Tiempo" de Bogotá)



DOÑA MATILDE REGALIA DE ROOSEN. — La sociedad montevideana ha perdido, con el fallecimiento de doña Matilde Regalía de Roosen, ocurrido hace pocos días, una de las personalidades de mayor distinción por su señorío, su cultura, su elevado espíritu, y el don de la simpatía, cualidades a las que agregaba bondadosos sentimientos, acreditados en las numerosas instituciones de beneficencia en las que colaboró de manera eficacísima. Hogar de tradicional cultura, su casa solariega en la calle 25 de Mayo — verdadero museo artístico — fué por muchas generaciones el punto de reunión de calificadas personalidades, efectuándose brillantes reuniones, lugar de homenaje a los huéspedes ilustres de la ciudad. Unía a su señorío una gran belleza y distinción, de la que es prueba el retrato que publicamos, obra del pintor peruano Daniel Hernández, premiado en París en el año 1900; y los años no hicieron sino agregar nobleza a su expresión.

MUERTE

POCOS saben y pocos conocen, lo elevado que es el precio de la defensa de un ideal. Nunca se amortiza lo suficiente como para saldar, en vida, esa cuenta. A eso se debe que sean más los que enmudecen ante la Libertad, por que hay que defenderla, que aquellos que se entregan a su influjo, conscientes de la responsabilidad que ello implica.

Menos costoso, más cómodo es ser esclavo. Para una mente utilitaria sólo es cuestión de acostumbrarse.

¿Cómo enseñar, cómo hacer comprender a aquéllos, que la vida sólo tiene sabor, sólo vale la pena de vivirla, cuando se es libre?

Colocaría yo en cada hogar, en el lugar más visible, aquella vieja copla de Manrique, que luce en el escudo de Juan Zorrilla de San Martín:

"Velar se debe la vida
"de tal suerte
"que viva quede
"en la muerte"

como rezo de todas las noches, como oración de cada mañana, de los creyentes en la libertad. Ayudaría, quizás, con su fuerza moral, como asimismo, con el ejemplo de los que hicieron de aquella sabia máxima el paradigma de su significación.

¿Acaso no es Artigas, en su trayectoria, una extraordinaria ejemplificación? ¿No veló él su vida, de tal suerte que, sobrevivió a su extinción, en el lejano solar paraguayo? ¡Y a qué precio! ¿Puede, acaso, escapar a alguien lo que sufrió Artigas por defender la independencia de estas tierras? ¿Lo que batalló por la soberanía de cada una de las provincias, que integraban la Federación? Aquí se peleó contra todos: ingleses, españoles, portugueses y no faltó el entrevero con los porteños, suavizado por la hermandad de orientales, entrerrianos y santafecinos.

Después el destierro... Treinta años de destierro, una larga agonía en la soledad. Hay que sufrir honda y terriblemente, para advertir la tragedia de aquella expatriación. Solo, sin padres, sin esposa, sin hijos, sin una mujer tan siquiera, que enseñoree un romance para suavizar la añoranza o diluír el pesar. Hay que adentrarse en aquellos momentos para poder comprenderlos y para poder valorarlos. De no hacerlo así, sentirlos así, se comprende que se pueda formular un juicio como el que surje de las palabras siguientes, que prologan el libro de Lamy Dupuy. Dicen así:

"Su resignación no debió ser tan amarga como la creemos nosotros, hombres de otras épocas e hijos de otras costumbres. Todo lo que sucedía a su alrededor era muy lógico para él; su resignación debió ser muy natural si se considera que habiendo hecho casi siempre una vida campesina en el inquieto vivac de las montoneras libertadoras, dentro de una civilización rudimentaria que no soñaba siquiera los esplendores, el confort y los refinamientos de nuestro tiempo, la miseria que le rodeaba no debió parecerle tan sórdida ni tan dolorosa. Vivía en plena naturaleza, frente a vastas y hermosas perspectivas; tenía un caballo, un arado, un ibirapitá frondoso a cuya sombra descansar en las horas ardientes, unos vecinos ingenuos con quienes cambiar algunas palabras, y en ciertas circunstancias algunas monedas que distribuir entre los pobres. Y eso parecía bastarle".

"Un león acorralado —prosigue diciendo—, herido, despechado, rugiente, no vive tanto tiempo dentro de una jaula de hierro por vasta que sea. Artigas vivió...".

Qué poco sabe, quien estas referencias hizo, de lo que es vivir en amargo destierro. Ni siquiera sabe que el dolor humano sigue siendo el mismo, a través de las épocas y a través de las costumbres. Y tal vez la metáfora del león, en este caso, no haya sido de lo más feliz. No se trataba de un león acorralado, rugiente, ni mucho menos despechado. Se trataba de un hombre consciente, de visión profética, que ante el fracaso de sus esfuerzos físicos, se retira a la soledad a velar la idea.

Su pupila de augur avizora el más allá, traspone el horizonte inmediato, e intuyendo su destino lo acata, con responsabilidad, sin que lo detenga la perspectiva de los ingentes sacrificios que le depara. Artigas vivió, no para él, sino para su pueblo. No, el león rugiente no ha perdido su valor, ni sus zarpas ni sus fauces, el vigor que tantas veces demostró en la lucha. Pe-

DE ARTIGAS

ro el hombre sabe porqué, cómo y cuándo debe luchar. Su fiereza indomable no está al servicio de bajas pasiones. La puso al servicio de un ideal, y, cuando éste lo exige sabe domar sus impulsos y acallar sus rebeldías. La lucha no se desenvuelve solamente en peleas. A veces, como en este caso, se traduce en el doloroso vía crucis del aislamiento.

Vivir en un rancho, solo. Con casi cien años a cuestas. Podía volver a refugiarse en el alivio de horas mejores y optó, sin embargo, por no quebrar su leyenda, que el tiempo transformaría en historia. Veinte años en Caraguaty y de pronto, en una celda con grilletes... Meses así, y lo tolera todo; ¿por qué? También el agravio de sentirse insultado. Y ese león rugiente, acorralado, cuando se le abre la jaula se niega a salir. Cuando van comisiones uruguayas en su búsqueda, en su reclamo, se niega a volver a la patria. Así también defendía la libertad de su pueblo.

Permanecía con firmeza en el Paraguay, en ese entonces envuelto por las tenebrosidades de la dictadura. Se sabía odiado por Francia. Conocía el ambiente de descomposición que lo rodeaba, del que era fiel ejemplo la traición y la delación, que ya, como en el caso de Bogarín, delatado por aquel Fray Anastasio Gutiérrez, había invadido hasta los escaños del confesionario. En ese ambiente asfixiante vivía Artigas. En ese Paraguay, donde el patriota Juan Pedro Caballero se eliminó, dejando escrito, con un carbón, en los muros de su celda, estas palabras:

"No ignoro que el suicidio es contrario a la ley de dios y de los hombres, pero el tirano de mi patria no debe saciarse con mi sangre". Verdad que traspasará los siglos; no dejar que los tiranos se sacien con la sangre de los hombres libres.

En ese Paraguay vivía Artigas. No habían resentido su espíritu todas las batallas libradas, en las que muchas conoció la derrota. Pero en aquel entonces siempre quedaba la esperanza de librar otra... En el Exodo mismo, va conduciendo a su pueblo a la incertidumbre, entre penurias y sacrificios cruentos, pero al tiempo que conducen el alma de la patria, llevan también, consigo, el ansia incontenible del regreso.

Pero cuando Artigas entró en Itapúa él sabía que quebraba su espada. Que no quedaba batalla por librar. Que era la Renunciación, sin regreso. ¿Por qué? El era el Conductor. Era mucho más que un Jefe. Era un apóstol que había sembrado en surcos abiertos por el dolor y regados con sangre, la simiente de la libertad. El sabía que para no perturbar el crecimiento de lo que había sembrado, tenía que apartarse y renunciar a la siega, en beneficio de los que venían.

Creer, entonces, que su resignación era muy natural, es torpeza. Nadie puede resignarse a morir en el silencio, así nomás. Debe haber sido, probablemente, de sus sacrificios, el que mayor y más penoso esfuerzo le ha demandado. Recordemos si no, los momentos postreros del héroe, para darnos cuenta de la inmensa fuerza que albergaba ese enjuto cuerpo, casi centenario. Imaginadlo postrado, en los desfallecimientos preliminares a la agonía definitiva. Sentirse enfermo en la angustia terrible de la soledad, privado de afectos profundos.

¿Sabéis qué debía hacer Artigas, cuando se sentía enfermo? Pues, tener fuerzas para alzar sobre su rancho una bandera colorada para que, otra anciana, la señora de Mariños, distante unas diez cuadras, en el bajo del "Iviray", de acuerdo a lo convenido, acudiera a prestarle asistencia.

No hay dimensiones para el dolor. Izar una bandera colorada para quien se siente morir, es la condena horadante de obligar a un ser humano vivir al borde del abismo. ¿Con qué compensamos todo eso? ¿Con la gloria? No basta. La gloria no es nada; próceres de esa estirpe reclaman tan sólo que defendamos el patrimonio que nos legaran.

Artigas, vivió sufriendo en toda su amargura, los instantes monótonos y lentos de su destierro. Caminando por las polvorientas calles de Asunción, cruzando la chacra de López, serenándose ante las aguas ondulantes del Río Paraguay, protegiéndose de las inclemencias del sol, a la sombra del "ivira pitá". Artigas podía aliviar, pero no curar su congoja.

Conversar... ¿con quién? ¿Escribir? Le estaba vedado. ¿Leer? Si un libro que instruyera era arma mortífera y condenatoria. ¿Hablar? Hay cosas que sólo se pueden conversar con quienes nos comprenden. Hablar acaso, de libertad con quienes estaban sometidos hacía casi tres décadas, que habían visto caer talados por el hacha, los naranjales de Asunción, patentizando el terror del tirano Francia que les temía como refugio de algún emboscado. ¿Conversar con los que habían visto morir a Yegros sin reaccionar? Pobres de los pueblos que necesitan de la alianza del tiempo con la muerte para concluir con sus tiranos.

No, en silencio, caminar. Dar libertad a sus ojos para que indagando el infinito en intensa búsqueda, pudieran hallar el reflejo de alguna esperanza. Hasta la muerte estuvo contra él, demorando su llegada.

Ya en el lecho de muerte, pronto a desaparecer en el abismo insondable, ¿quién a su lado? Nadie, nadie. Estaba su fiel negro a su vera, pero en la suma de sus afectos y emociones, poco debía significar. En su lenta agonía habrá advertido que a su lado no estaba Rafaela ni José María ni sus padres ni sus hermanos ni sus tenientes. Nadie sabía de él y él no sabía nada de nadie.

Había abierto los ojos en postrer esfuerzo y al contemplar por última vez el azul del infinito, con el brote encarnado del sol que se esconde, a la espera de un nuevo día, habrá creído ver el cielo uniformado de blandengue. Pedía entonces, exaltado, su caballo... Con eso lo pedía todo. El viejo centauro, necesitaba, antes de partir, recorrer en un galope tendido el tiempo, volver a atravesar esteros y ríos, campos y ciudades, con su bandera azul y blanca, listada de rojo, lanzando a los vientos el grito de rebeldía que había estrangulado su garganta durante treinta años.

Era el tumulto final. Después nada. Un cadáver tendido a lo largo de un catre. Despojos a los que no se les asignaba valor. ¿Honores fúnebres? Sí, habían sido decretados seis años antes. Pero se habían olvidado. Un cajón vulgar transportado en una carreta de la chacra. Cuatro o cinco peones, los indispensables, como para colocar los despojos en la fosa. Allá en la número 26 del campo de los Insolventes... De los insolventes.

El cura de la Parroquia recibió orden del Supremo Gobierno del Paraguay, para que cuidase que esos restos no se confundieran con otros.

¿Queréis saber cómo se logra la gloria? ¿Queréis saber cómo se entra en ella? Sin la despedida de un ser querido, en una carreta de chacra, convertida en tosca carroza fúnebre, entre manos generosas, pero extrañas, que abren una fosa y cubren de tierra húmeda, unos despojos que no conocieron el homenaje humilde de una flor ni el rocío de unas lágrimas.

Así es la gloria... por eso pocos son los que quieren salirle al encuentro.

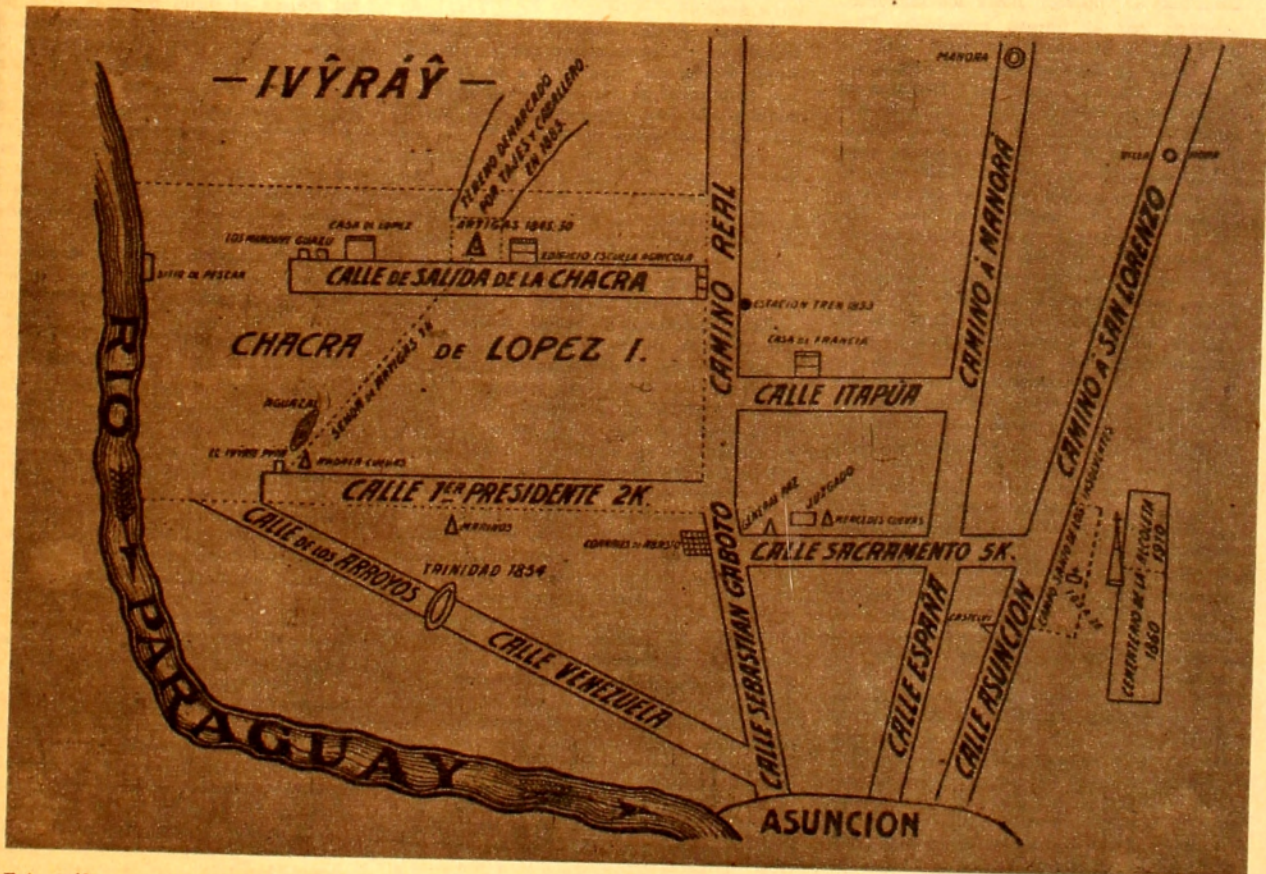
Agustín RODRIGUEZ ARAYA.

Montevideo, mayo de 1950.

(Especial para EL DIA).



Se atribuye esta litografía de Artigas al naturalista francés Aimé Bompland. A esa época Artigas había cumplido los ochenta y cuatro años. Su efigie, a pesar de todo, traduce todas las amarguras acumuladas en treinta años y no desahogadas nunca. Eso y tantas cosas, hacen del prócer oriental un auténtico símbolo de la libertad.



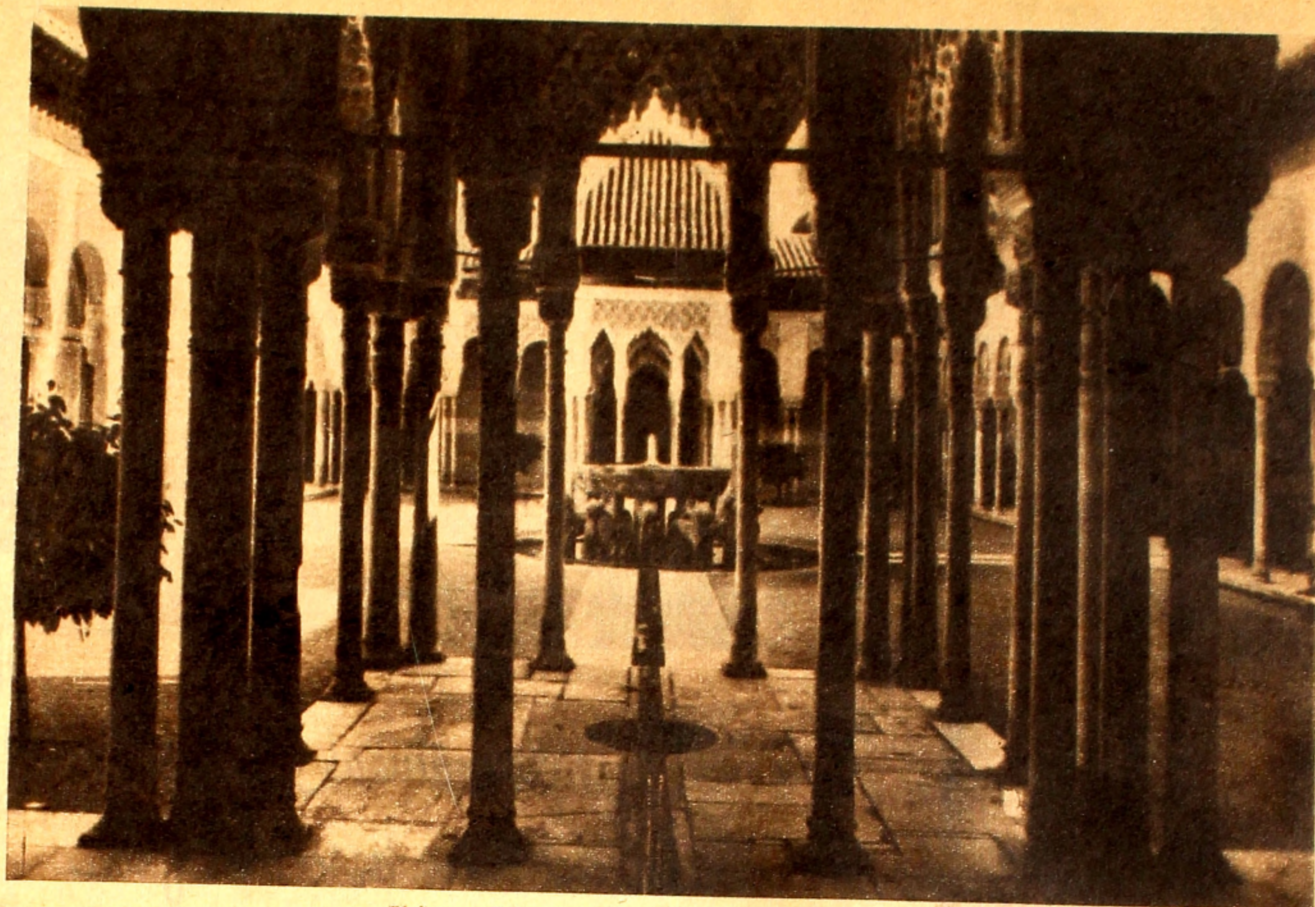
Este gráfico da una idea de lo que era Asunción en la época en que se encontraba desterrado Artigas. Se ubica el lugar en que vivió Artigas hasta su muerte y otros, que por su reflejo, han adquirido valor histórico.

RABE



...en la Alhambra de Granada: la sala ...s Hermanas.

...s y con tal sistema, a las que... intereses, vivas siempre en país ... la pasión dogmática no siempre ... del musulmán, se sobrepusieran en seguida las querellas de raza, cada reino musulmán una presunta cabeza de imperio, o en realidad de ejercicio? En su origen, una dictadura militar, dura y decidida, impuso un orden. La construcción conjunta, artificial, con pies de barro, llevaba en sí misma, en cambio, la causa y germen de la muerte propia: la fatalidad de lo diverso, encinta de dispersiones; la contradicción permanente entre el dogma islámico que hacía santa la guerra, y la conquista, y el Imperió del Profeta (monolito de unidad teórica), y la tremenda realidad de las propias dispersiones que el musulmán creaba, porque era una realidad distinta cada pueblo ocupado, y porque lo monolítico de la unidad dogmática le probó su capacidad de conquista y su incapacidad de conservación. En la fuerza de estas contradicciones llevaba ya su propia muerte.



El famoso Patio de los Leones, en la Alhambra granadina.

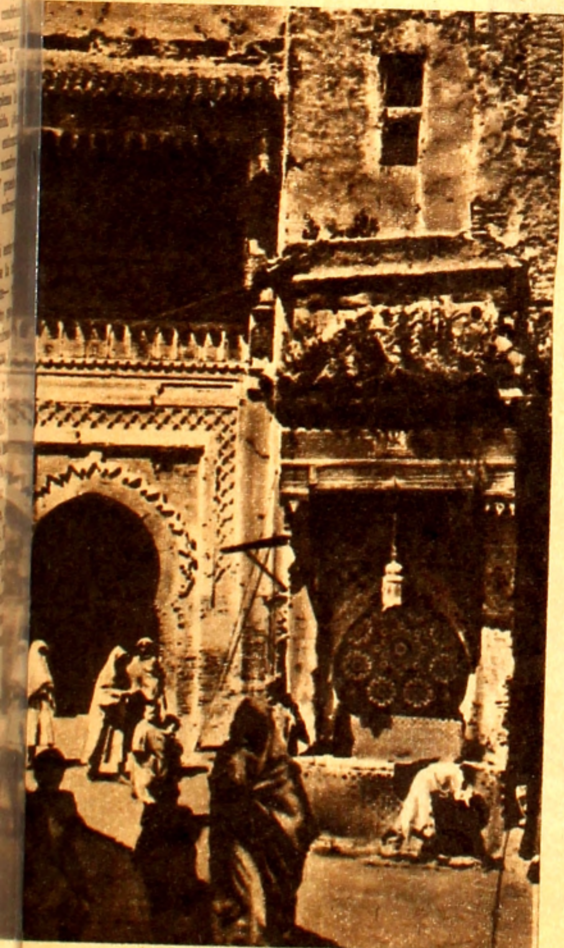
Cierto es que en España, por ejemplo, las dinastías árabes —sangre berberisca en el poder— hasta el siglo XV subsistieron. Cierto también que todavía subsisten en el Africa norteña. Y que aún hay sultanes en Marruecos al Califato aspirantes. No es menos cierto, sin embargo, que en pleno siglo X, y en pleno corazón del propio Imperio, en Siria, en Egipto, en Persia, ya no reinaba el árabe. Revancha de Bizancio, desde luego. Llegada del turco, sobre todo. Estepa contra desierto. Una vez más, en la eterna encrucijada del Oriente Medio.

¿Para un nuevo destino árabe? Queda la tradición histórica. Una cultura. Una lengua. Un Profecta. Una herencia espiritual inagotable. Y queda el nómada —árabe puro—, el beduino: entereza, resistencia y habilidad maniobrera. Pero nómada al fin. Como el primer árabe en el alba de su Imperio. Y ya no se hacen imperios, ni aún frágiles, a base de nomadismo. Una oposición aún (que perdura) con el árabe de ciudad —mestizo o puro—, artesano y comerciante. Mediado el siglo XVI, ya escribía Ibn Khaldun (pensando acaso en Granada, en Marrakech, o en el Cairo): "El carácter del hombre que en la vida sedentaria se hace, o se rehace, y en el lujo, es el Mal, y lo peor del Mal personifica". ¿El desierto y el nómada, destino del pueblo árabe? Aún no ha probado nadie que el desierto es un destino. Lo probado es ésto otro: Un pueblo con la más inaudita capacidad de permanencia hizo de un dogma su política y de un profeta su substancia. Y no han podido matarlo ni el profeta ni el dogma. Pero tampoco pudo salvarlo ni aún su permanencia insólita del peso muerto (dogma y profeta) que en el fondo de todo nuestro tiempo le retiene y le aplasta. No hay nadie más alejado de la verdad —ni de la eficacia— que quien, hombre o pueblo, para la eternidad legisla. O dogmatiza.

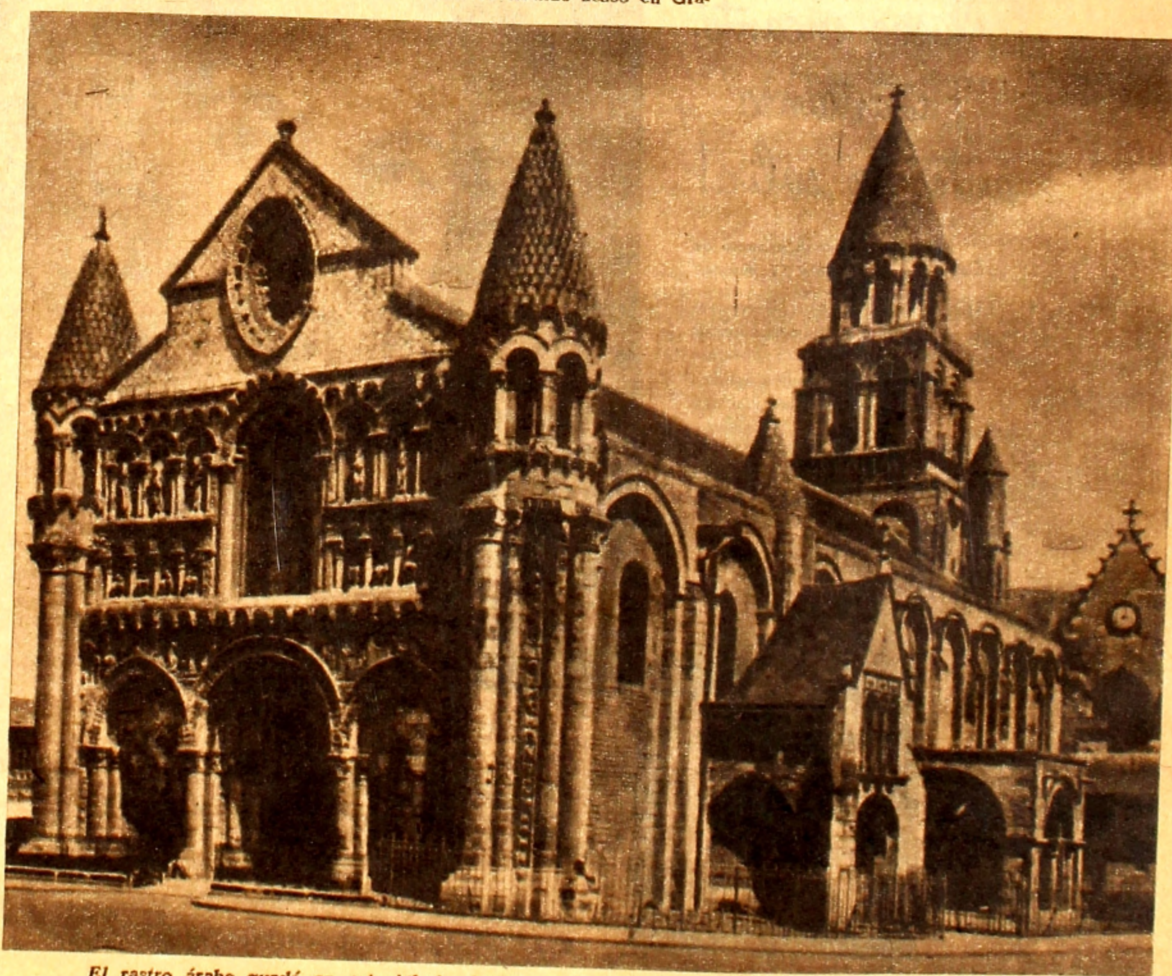
J. B. TOLEDO.

Burdeos, 1950.

(Especial para EL DIA).



...k y la Fuente N'Jarine, uno de los rincones más característicos de Fez.

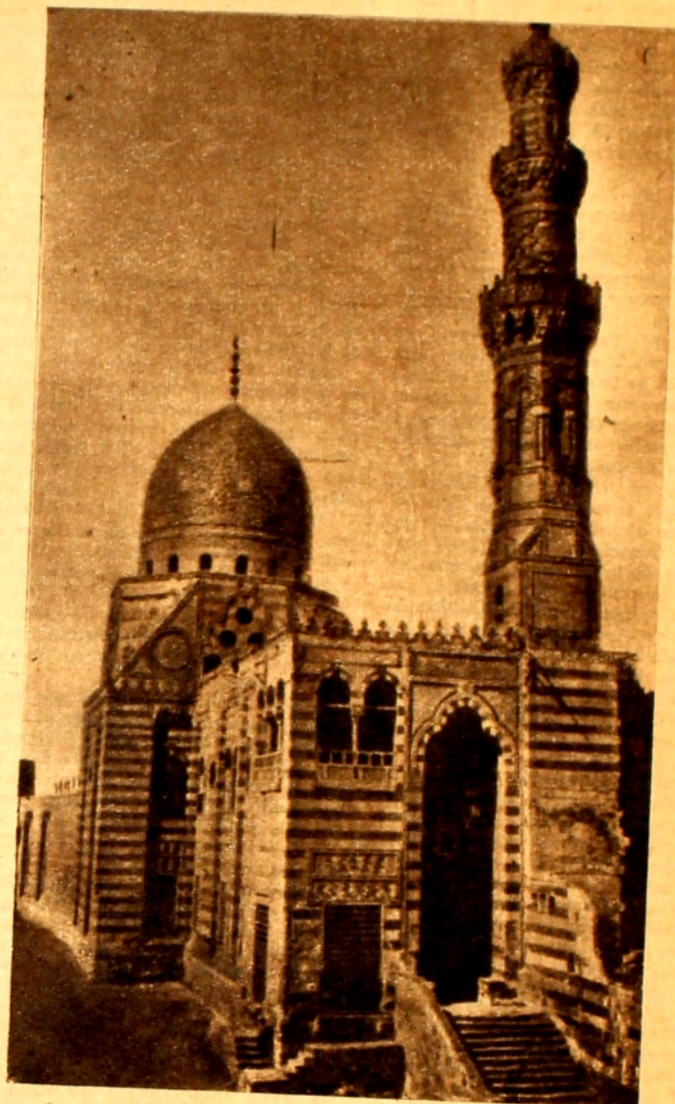


El rastro árabe quedó en esta iglesia de Santa María la Grande, en Poitiers. Románica del siglo XI.



La mezquita de Omar, en Jerusalén, tal como aparece desde la Casa de Pilatos.

PERMANENCIA D
Y DE SU M



La maravilla árabe del Cairo es esta mezquita de Kait-Bey.

El más puro

¿QUIEN se detuvo alguna vez en El Cairo, en Marrakech o en Granada, en la mezquita de Kait-Bey, en la tumba de los emperadores Saaditas, o en la Alhambra, y no sintió la permanencia del árabe y de su mundo? Porque aún quedan pueblos viejos, y razas, y tribus. Ninguno que sea tan él mismo como él es, navegante de todas las civilizaciones vivas y vivo residuo del alba misma de la nuestra. Un egipcio de hoy, o un griego, un macedonio, un romano, está tan lejos de su antepasado clásico, como un español de hoy puede estarlo de Viriato. El árabe —y una masa árabe— en la Arabia Seudita, y aún en el Hedjaz, bajo el mismo albornoz aún conserva el árabe reverencial e iluminado que reveló el siglo VII, más audacia que cálculo, más impulso que método, creyente como aquel, y como aquel mismo, sueño y acción que se conjugan.

Todavía recuerdo mi primer viaje a El Cairo y a Damasco, cuando llegaba a su fin 1924. Como un viaje de ayer mismo. Fresca todavía entonces la inaudita aventura de Lawrence en el desierto. Fresco aún el rastro de la caballería abigarrada que mandaba Allemby, camino de Jerusalén. Crisis de nervios (y de gritos) el árabe de Faycal o de Ibn-Seud ante el inmenso cadáver del Gran Turco decapitado. Acción de albornoces y cimitarras con pareja de fusil. Sombras nada más en la decadencia de aquel mundo, del otomán liberado, que a polvo olía y a desierto, por allí andaban —nunca muertos— el recuerdo de Tarik, o el de Almanzor. Aunque todo aquel mundo más oliese ya a petróleo que a zoco y a tienda de beduino. ¿Resurrección del mundo árabe, con la sangre de la Gran Guerra ungido? Tal era el ambiente de 1924. Y tal la crisis. Resurrección a medias, si se quiere. Resurrección al fin. Aunque nadie quedase ya en aquel mundo que en Córdoba pensase aún. Ni en cordobés califato. La permanencia de lo árabe, puro, siglo VII todavía, a pesar del turco y su dominio, era en cambio la evidencia misma.

Al término de esta otra Gran Guerra —la segunda—, la emoción entera de aquel viaje renovó en mí su frescura. Porque, alba o anochecer —como la otra— sólo tiene con ella de común ésta constante de epílogo: la virulencia inquieta de los más insólitos nacionalismos. 1919 se llama mundo árabe reincorporado. Y, al mismo tiempo, Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, Checoeslovaquia, Yugoeslavia... 1945 es el huracán desencadenado del nacionalismo soviético. Y es el tardío despertar de la India, centenariamente dormida, compartido el lecho con el mundo musulmán (incrustado Mahoma en el ombligo de Buda). Es Birmania, Malasia, el Africa del Sur (petróleo, petróleo todavía, caucho y oro). Es Israel. Y aún el mundo árabe. El mismo de 1924. En 1924 anclado. El mismo del siglo VII.

¿Lo que reserve aún el destino a la permanencia del árabe y de su mundo? Es lo cierto, en todo caso, que ninguna invasión post-romana dejó más rastro en Europa —ni en Africa— que su cabalgata desenfrenada desde el Mar Rojo al Atlántico. Hunos, Vándalos, Suevos, Godos y Visigodos... ¡polvo de pergamino! Pero en pleno Egipto milenario, en Sicilia, en Argelia, en Marruecos, en España, en Francia... ese gran acumulador de escombros que es el tiempo no ha podido enterrar el rastro árabe. Maravilla a veces, en la Alhambra, en el Alcázar sevillano, en la mezquita de Córdoba. Rastro, siglo XI pasado —tres ya sobre el polvo de Carlos Martel—, en Nuestra Señora la Grande, de Poitiers. Y aún esa mezquita obsesionante en medio del Templo de Luxor...

"El árabe es más viejo que el egipcio", aseguraba Mommsen. Y la discusión no ha terminado todavía entre arabistas y egiptólogos. Es lo cierto que aparece el árabe, milenarios antes de nuestro primer año, y está en la encrucijada que Irak se llama hoy, e Irán, y Transjordania, y Siria. Pasarela de barco entre el muelle —Asia y la nave— Europa, dispuesta ya para el viaje, Mediterráneo adentro. Para el primer viaje, que es también nuestra primera aventura de europeos. Encrucijada de caminos cinco mil años ya, invariables.

Porque, rumbo de desierto, camino de caravanas, senda entre arena, o carretera pulida, hoy se va todavía desde Haifa a Bagdad, o a Mossul, o a Teherán, o desde Angora a Ispahan, entre las mismas colinas y pisando la misma tierra que los Hycsos o los Scytas. Y la misma arena que tundió la caballería de Jerjes o de Alejandro. Los camellos del coronel Lawrence, condotiero del desierto, aventaban, en 1918, el mismo polvo que los caballos del Parto.

Pero el milagro árabe no es función de una vejez. Contemporáneo o más viejo, no fué tan lejos Egipto. Milenario el pueblo —milenario en la encrucijada— no comienza el milagro hasta el siglo VII de nuestra Era. Porque comienza a predicar Mahoma en el año 611 y hasta entonces no flota al viento del desierto el estandarte verde de las conquistas. Damasco es árabe ya cuando el año 635 media apenas, y el Imperio Bizantino se repliega, hasta los cimientos sacudido por el ímpetu musulmán. Dos años más, y el estandarte verde está en toda Siria, en Mesopotamia, en Persia, en Jerusalén. Desde entonces está Mahoma en el ombligo de Buda y en el Templo de Salomón. Un año más, y Egipto es árabe. Tres años aún, y el estandarte verde llegó a Marruecos. Cuando el siglo VIII comienza, toda el Africa del Norte es musulmana. ¿Después?... La aventura europea. Tarik está en España en 711 (justo cuando el primer siglo se cierra desde que se alzó el Profeta). Hasta Poitiers no se detiene el árabe, media Francia penetrada ya. Y la batalla de Poitiers es de 732. Menos de un siglo de acción (la predicación aparte) y el Imperio Musulmán tiene ya un brazo en la India y en el Atlántico otro. Aún estará en España cuando el siglo XV termina. En ese "aún" está la Francia ocupada, Sicilia rehecha. Y hay mástiles y tiendas sarracenas en las puertas de Roma.

¿El fondo de este milagro? El fondo no es lo mismo. Mirado de cerca tiene, cierto, ese deslumbrar de milagro, reflejo de cimitarras y revuelo de albornoces, o contraste de exquisiteces y retrasos entre vida y vida, si la suya se compara a la del visigodo español o a la del franco francés de su tiempo (el hombre de la Alhambra y el español castillero, el moro de Poitiers, que de España viene, y Carlos Martel). Pero este imperio inmenso tiene los pies de barro. O de arena del desierto. El árabe es árabe mientras nómada fué. Y el nomadismo no hace imperio. El árabe, creyente apasionado, como todo lo que vive en pasión de creencia, lleva el cisma en sí mismo. Y tampoco este dualismo hace imperio que dure. La observación cuenta y sobre ella he de volver.

Cierto, el estandarte verde del Profeta pasa y se multiplica porque Bizancio es el gran enfermo "bizantino" del siglo VII. De "bizantinismo" enfermo. Porque se muere en la anarquía toda el Africa norteña. Y España es una estepa por vándalos y suevos arrasada, y un crimen permanente entre reyes visigodos, o entre reyes y aspirantes. Pero ¿existe acaso algún imperio, ni existió jamás, que en debilidad ajena o en ajena decadencia, no pusiera base o dominio asentara?

A pesar de las apariencias, el imperio musulmán no tuvo nunca unidad, ni fué jamás bloque de imperio. Era en realidad una federación de reinos teóricamente sometidos al Califa —cuando no hubo dos—, pero independientes de hecho. Y aún con carácter propio cada uno. Persa en Bagdad. Sirio en Damasco. Egipcio en El Cairo. Bereber en Kairouan y en Fez. Hispano-bereber en Córdoba. No es posible aceptar, en su verdad oficial, por ejemplo, la reconquista española con sus árabes extranjeros a un lado y sus españoles en frente. Porque la civilización árabe en España es árabe y española, al mismo tiempo. Porque el árabe de España se españolizó en lo que de visigodo podía absorber un árabe. Y porque hubo españoles arabizados en la misma medida que el fenómeno contrario se produjo. Las guerras de las reconquistas españolas (y no guerra, ni reconquista), fueron tan una guerra de religión como sólo el temperamento español sabe hacerlas. Y el árabe. Porque absorbían el uno y el otro cultura extraña (costumbres, leyes, ciencia, o modos de vivir, y aún de guerrear), pero era roca la pasión dogmática. Y el credo. La medida en que para muchos españoles fué la conquista de América nada más un problema de expansión para su verdad evangélica (o dogmática), da el peso, y la profundidad, de las guerras hispano - árabes. E importa recordar que la conquista de América, concebida así, comienza precisamente cuando la reconquista de España acaba de consumarse. El famoso testamento "africano" de Isabel la Católica, más que definir problemas de seguridad para el reino unido español, es la obsesión del "infiel" en propia tierra de infieles. Una sola peripecia diferenciaba —a fondo— al visigodo del árabe, en concepción semejante: el bautismo de Recaredo. Aunque —claro está— un Almanzor bautizado no habría sido Almanzor. Recaredo, en cambio, si. Bastaría con insistir, además, sobre la intervención pontifical o su ingerencia, en las guerras de las reconquistas. Y en la manera de aquella ingerencia, sobre todo. Una bula de Gregorio VII ratificaba a los reconquistadores, en 1703, la posesión de las tierras al infiel tomadas (que previamente el infiel tomó)... a condición de un reconocimiento: que el conquistador las tenía de la parte de San Pedro. Y ya recordaba entonces el papado, aludiendo a Constantino, que en propiedad plena la península ibérica le estaba atribuída. ¿Acaso no consideró el papado, desde entonces, que el poder, en Aragón, en su nombre y por su delegación se ejercía? ¿Y puede dudar nadie que a la reconquista sobrevivió la ingerencia?

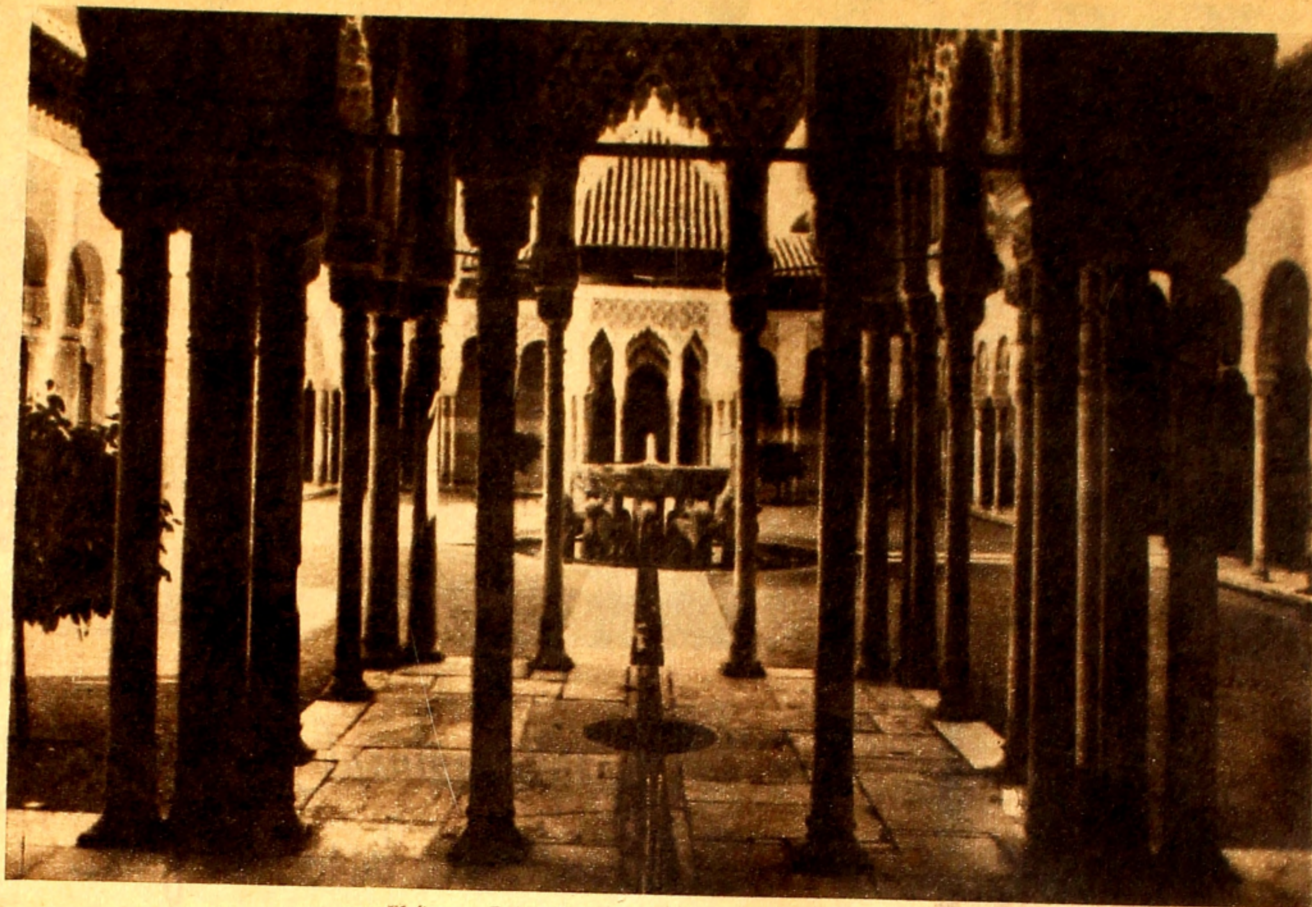
Problema nunca resuelto, ni enteramente aclarado, el de la ruptura que la invasión árabe —la primera, en Oriente— provoca en nuestro destino. Es lo cierto que el Islam rompe la unidad mediterránea y desplaza el eje del mundo cristiano heredero de Roma. El ataque musulmán a Bizancio impide que los emperadores de Constantinopla sigan siendo guardianes del papado en riesgo. Y el papado se vuelve hacia Occidente, busca la ayuda franca, la obtiene. Con la bendición del franco. Pero el cristianismo abandona ya el Oriente, que es su cuna, y en Occidente se asienta. El Norte sucede al Sur como centro de gravedad política. Se germaniza el imperio. La ruptura con los siglos anteriores es completa. En este mecanismo entra la reconquista española. ¿Hace falta, acaso, disfrazarla en ningún modo?

¿El por qué de la diversidad y de la manera federalista (flaca) en el imperio musulmán? Esta: que si dieron los árabes sus jefes a la conquista, en su mayoría se hizo con apoyo y peso de contingentes extranjeros reunidos en cada país conquistado. Los que la ocupación árabe somete eran todos —o casi todos— tierra de viejas civilizaciones: Egipto, Siria, Sicilia, Túnez, España, Francia... Con vieja civilización propia, los unos. Helenizados, los otros. Romanizados, los más. Y la ocupación musulmana era un gobernador militar, guarniciones, funcionarios. Los cuadros de la administración local, en su puesto quedaban. ¿Puede sorprender a nadie que, en estas

ÁRABE



...en la Alhambra de Granada: la sala ...s Hermanas.



El famoso Patio de los Leones, en la Alhambra granadina.

...s y con tal sistema, a las que... intereses, vivas siempre en país ... la pasión dogmática no siempre ...del musulmán, se sobrepusieran en seguida las querellas de raza, cada reino musulmán una presunta cabeza de imperio, o en realidad de ejercicio? En su origen, una dictadura militar, dura y decidida, impuso un orden. La construcción conjunta, artificial, con pies de barro, llevaba en sí misma, en cambio, la causa y germen de la muerte propia: la fatalidad de lo diverso, encinta de dispersiones; la contradicción permanente entre el dogma islámico que hacía santa la guerra, y la conquista, y el Imperió del Profeta (monolito de unidad teórica), y la tremenda realidad de las propias dispersiones que el musulmán creaba, porque era una realidad distinta cada pueblo ocupado, y porque lo monolítico de la unidad dogmática le probó su capacidad de conquista y su incapacidad de conservación. En la fuerza de estas contradicciones llevaba ya su propia muerte.

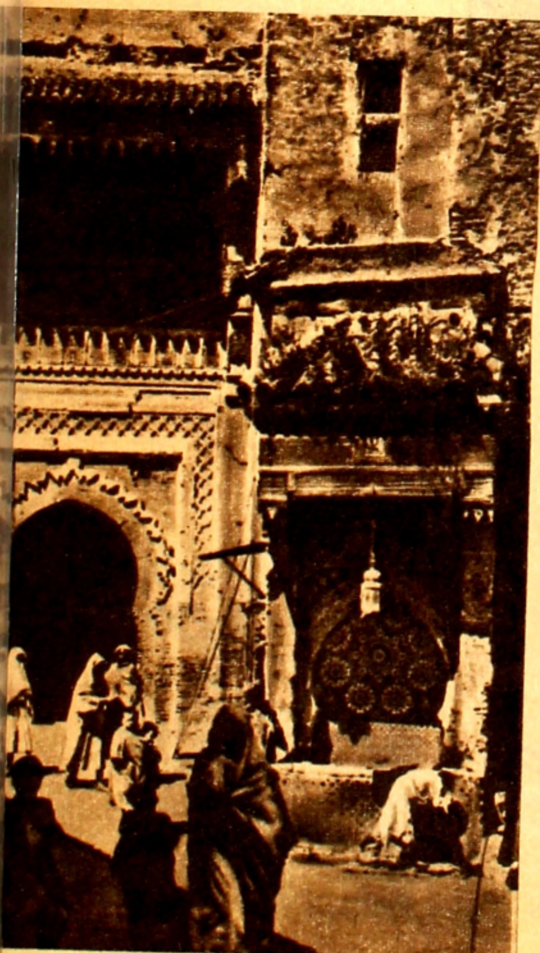
Cierto es que en España, por ejemplo, las dinastías árabes —sangre berberisca en el poder— hasta el siglo XV subsistieron. Cierto también que todavía subsisten en el Africa norteña. Y que aún hay sultanes en Marruecos al Califato aspirantes. No es menos cierto, sin embargo, que en pleno siglo X, y en pleno corazón del propio Imperio, en Siria, en Egipto, en Persia, ya no reinaba el árabe. Revancha de Bizancio, desde luego. Llegada del turco, sobre todo. Estepa contra desierto. Una vez más, en la eterna encrucijada del Oriente Medio.

¿Para un nuevo destino árabe? Queda la tradición histórica. Una cultura. Una lengua. Un Profecta. Una herencia espiritual inagotable. Y queda el nómada —árabe puro—, el beduino: entereza, resistencia y habilidad maniobrera. Pero nómada al fin. Como el primer árabe en el alba de su Imperio. Y ya no se hacen imperios, ni aún frágiles, a base de nomadismo. Una oposición aún (que perdura) con el árabe de ciudad —mestizo o puro—, artesano y comerciante. Mediado el siglo XVI, ya escribía Ibn Khaldun (pensando acaso en Granada, en Marrakech, o en el Cairo): "El carácter del hombre que en la vida sedentaria se hace, o se rehace, y en el lujo, es el Mal, y lo peor del Mal personifica". ¿El desierto y el nómada, destino del pueblo árabe? Aún no ha probado nadie que el desierto es un destino. Lo probado es ésto otro: Un pueblo con la más inaudita capacidad de permanencia hizo de un dogma su política y de un profeta su substancia. Y no han podido matarlo ni el profeta ni el dogma. Pero tampoco pudo salvarlo ni aún su permanencia insólita del peso muerto (dogma y profeta) que en el fondo de todo nuestro tiempo le retiene y le aplasta. No hay nadie más alejado de la verdad —ni de la eficacia— que quien, hombre o pueblo, para la eternidad legisla. O dogmatiza.

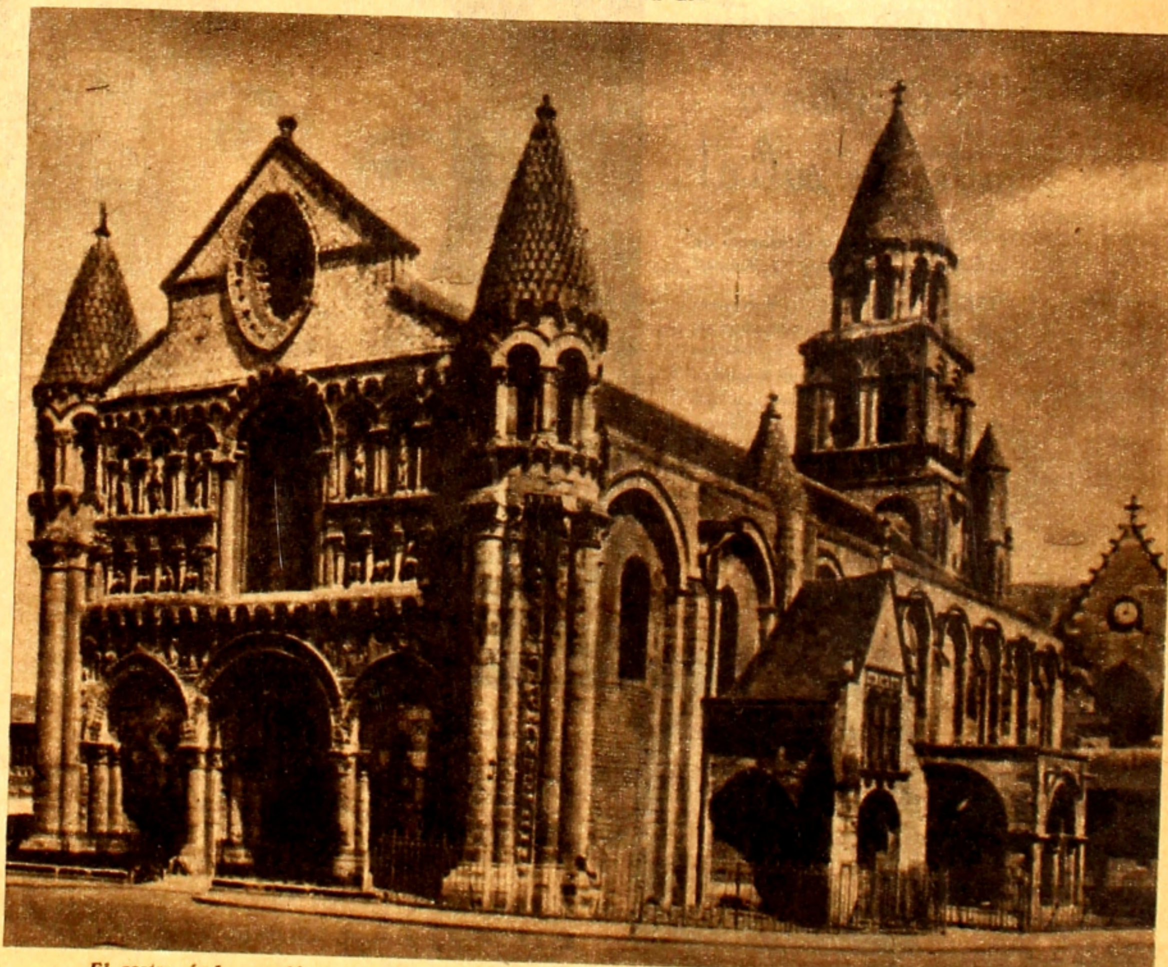
J. B. TOLEDO.

Burdeos, 1950.

(Especial para EL DIA).



...k y la Fuente N'Jarine, uno de los rincones más característicos de Fez.



El rastro árabe quedó en esta iglesia de Santa María la Grande, en Poitiers. Románica del siglo XI.



Retrato. Terracota.



"Agricultura". Medalla-diploma otorgado en Roma. 1950



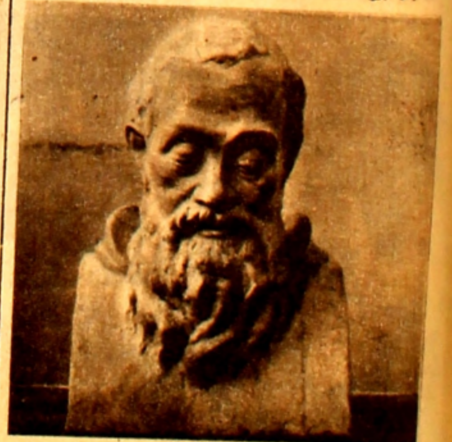
Torso. Yeso.

El ESCULTOR BENJAMIN DEMINCO

DESPUES de cursar sus estudios en el Círculo de Bellas Artes de nuestro país, el escultor Benjamín Deminco, se trasladó a Europa para perfeccionar sus estudios. Trabajó y fué diplomado en la Escuela del Arte de la Medalla (Zecca), Casa de la moneda de Roma, donde fué discípulo del Maestro Giuseppe Romagnoli. Pasó luego a la Academia de Bellas Artes de Roma a estudiar con el insigne escultor Guido Calori, siguiendo los cursos de técnica del mármol con el profesor Giovenni Ardini, cincelado con Lorenzo Guerrini, Historia del Arte, filosofía y poesía, con el poeta Mario Rivosechi. Después al Instituto de Arte de Florencia, perfeccionándose en cincelado, grabado y esmaltado con el Profesor Del Moro, siguiendo sus estudios hasta abarcar la cerámica, la cual ejecutó dirigido por el profesor Enrico Bettarini, frecuentando el taller del destacado ceramista, Nello Bini. Estamos pues ante un estudioso, que no ha escatimado esfuerzos por lograr la perfección de su aprendizaje, asistiendo a clases, conferencias, y visitando los Museos y ciudades de arte de la vieja Italia. A raíz de estos serios estudios, el gobierno italiano le concedió una beca por dos meses primero, y la amplió luego a seis, para que reciba las enseñanzas de la señorial Florencia. Visita también Portugal, España y Francia, en las que absorbe todo el contenido de sus maravillosos tesoros. De sus exposiciones, en Roma participó en una muestra para extranjeros en la ciudad Universitaria en 1949. En la Isla de Prócida, Nápoles, expone, y también realiza dos muestras en Florencia. La primera en el local de la Y.M.C.A., y la personal en la antigua "Casa del Dante".

Hemos dado una reseña escueta de la actuación de este escultor uruguayo que vuelve al país después de una larga estada en los viejos y admirables Museos de Arte que son los países europeos que él visitó. Es ahora la sociedad "Amigos del Arte" la que en estos momentos organiza una muestra de Benjamín Deminco en nuestra ciudad, y esperamos que ella se realice para dar nuestra opinión sobre sus obras, de las que adelantamos referencias gráficas en esta pequeña presentación.

E. V.



Meditación. Yeso.



Aglomeración de mejillones en uno de los pies del muelle de Punta del Este, lo que significa, en el crecimiento, la notable destrucción de una parte.



El último cuadro de la mejillonera visto desde la Isla. A la derecha, una de las escolleras construídas para proteger los cultivos contra los temporales. Al fondo, la costa de Maldonado por la parte de Las Delicias.



Los nuevos mejilloneros antes de sumergirlos. En el centro se aprecia la estaca que atraviesa y sujeta cada cuadro para señalar su lugar.

Hidrobiología de los mejillones en Punta del Este

DENTRO de un tiempo, los sabrosísimos mejillones de la Isla de Gorriti, que adorna como una gran maceta la imponderable bahía de Maldonado, frente a Punta del Este, estarán en todo su esplendor. Ahora, en estos momentos, no han entrado aún ni siquiera en su segunda infancia y necesitan, como los niños, para criarse, una efectiva tranquilidad, en respecto a la cual no es oportuno molestarles con un reportaje.

Sin embargo se puede uno acercar con cuidado. Para esto no hay más que mover suavemente los remos que siempre agitan menos las aguas que los sorpresivos temporales, de los cuales ha habido que protegerles; y entre tanto se puede ir pensando en la vida maravillosa y sugestiva que late debajo de la verdosa superficie.

En torno a la costa de la bellísima isla de Gorriti, con sólo alejarse un poquito, se suceden los más atractivos cuadros de la vida marina. Debe de ser una variación ininterrumpida que sería nuestro deleite de espectadores si pudiéramos, mágicamente, viajar sumergidos. Así nos lo ha asegurado el distinguido científico español, Dr. Fernando de Buen, actualmente al servicio del Soyp, al consultarle sobre estos temas en los cuales él ha intervenido directamente.

Más abajo de las ágiles olas, sobre el fondo marino y sus proximidades, la vida es admirable y heterogénea. Por todas partes se distribuye, entre tonalidades muy matizadas, según sus necesidades fundamentales. Allí, el lenguado, por ejemplo, busca materiales livianos donde enterrar su cuerpo y así, confortablemente instalado, asoma los ojos y acecha el paso de una presa apetitosa para devorarla; el mero, el prestigioso mero, de abigarrados y oscuros colores, busca cobijo entre las rocas dando su aporte a infinitas lecciones de mimetismo; y, entre tanto los fondos, tapizados de algas, son habitación suntuosa del caballito de mar que vive enlazado a las "frondes" de esos vegetales con ayuda de su cola prensil. En torno a todo esto, otros muchos seres que la ciencia distingue desde hace siglos, con denominaciones clásicas y universales, se agrupan de la misma manera en los distintos fondos, arena, fango, o roca, con variada población según la profundidad de las aguas.

Así, de las zonas profundas, abismales, del océano, que suelen ser desérticas según todos los expertos, se pasa a las otras aguas, las aguas continentales que son las verdaderamente ricas en manifestaciones biológicas, y dentro de éstas a las zonas inmediatas a la tierra, zonas ya en parte anfibias que es en donde la vida animal y la vegetal, ya delante de nuestros ojos, se escalona según su aguante a la sequedad.

En una zona de este tipo, sujeta por consiguiente a las subidas y bajantes de las mareas y en la costa de la Isla de Gorriti es en donde ha sido instalada la mejillonera de Punta del Este. Era hace nada un punto de la costa, casi estéril, poblado de muy escasa vida, debido a la violenta agitación de las aguas y el contínuo rodar de las arenas, y ahora la mano del hombre la ha convertido en un medio totalmente nuevo y propicio a la vida marina.

Para realizar esta obra tan interesante, ha sido preciso primeramente, aquietar las aguas. Para eso, se eligió la zona de por sí más tranquila que es la parte de la costa. de la Isla de Gorriti, que mira hacia adentro de la Bahía de Maldonado. Es la parte que los viejos navegantes que conservaron quizá la terminología de Solís, llamaron "la boca grande", que es el espacio entre la isla y la Punta Ballena. Luego en ese lugar se ha realizado la tarea de aquietar las olas por medio de una obra simple pero criteriosa que ha sido dirigida con acierto por el Ing. Rondini. Son esas dos curiosas escolleras que este año hemos visto los turistas sobre la Isla de Gorriti, y que han sido construídas con los propios materiales rocosos arrancados a la costa por medio de barrenos de dinamita.

Por este medio se ha logrado lo más importante para la vida del mejillón y su rápido engorde: la tranquilidad, por el aquietamiento de las aguas guardadas por las escolleras; la buena salinidad y la abundancia de alimento; y, lo que es muy importante, la higiene del mejillón, para librarle de bacterias, peligrosas para el consumidor. Siempre el hombre el "pez" más voraz...

Como consecuencia de todo esto ya están en plena y próspera infancia los mejillones de Punta del Este. Alientan allí, bajo las aguas de Gorriti en dos especies muy características de la zona. Una es lo que en Punta del Este llaman, el "mejillón amargo", que es, en términos científicos, el que D'Obigny, llamó, en honor del gran Darwin, "Mytilus darwinianus". Es una especie que aguanta muy bien las bajantes, y soporta incluso, según nuestros informes, algunos días fuera del agua, lo cual les hace "amabilísimos" para traerlos a Montevideo. La otra especie es el llamado "mejillón comestible", muy típico de estas latitudes, y que se conoce en la ciencia con el nombre de "Mytilus platensis". Es, en contraste con el anterior, una especie que muere si hay poca profundidad y por lo tanto hay que cultivarla en niveles que cubra bien el mar; pero aquí tiene toda el agua que pecesita.

Es pues una obra estupenda, que causa en quien la contempla, una especial impresión. Ha llegado a su logro merced a la entusiasta actividad de nuestro culto amigo, el señor Carlos Blixen, Director del Soyp, y la experiencia científica del Dr. Fernando de Buen, ex-profesor de Oceanografía en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, actualmente dedicado a estudiar estas aguas y a las atenciones de su cátedra en la Facultad de Humanidades y Ciencias.

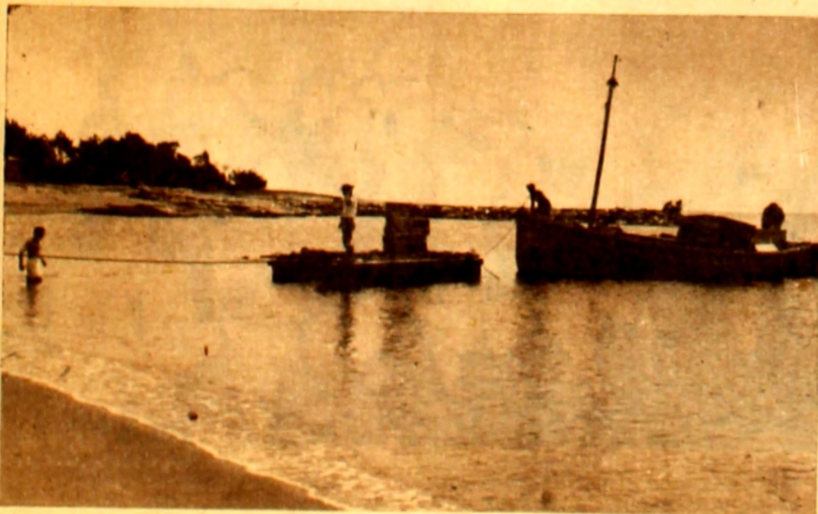
Hace cuatro meses, los mejillones que se criaban en los pies que vemos apoyados verticalmente en los muelles de Punta del Este — gran centro de captación de crías — fueron trasladados al engordadero de la Isla de Gorriti como quien cambia de hotel... un hotel, más bello y más pulcro.

En este trabajo, realizado a principios de este año, los menudos moluscos fueron asentados en los nuevos cuadros. Son una especie de bastidores que tienen el fondo metálico; y sobre éstos, amontonados como cajones, fueron trasladados en barcazas, a los lugares de la Isla de Gorriti que hemos descrito, protegidos de los vientos por las mencionadas escolleras. Allí están, nuevamente adheridos al fondo metálico por el "biso", que es ese haz de pequeñas fibras sedosas que sale de lo que nosotros llamaríamos "la bisagra", y une las dos conchillas del bicho. Con ese haz es que se afirma a las rocas o a los objetos sumergidos; en este caso a los cuadros de la mejillonera, cada uno de los cuales va asentado sobre una estaca que atraviesa su centro y que es lo que vemos desde la superficie indicando el lugar donde ha sido colocado.

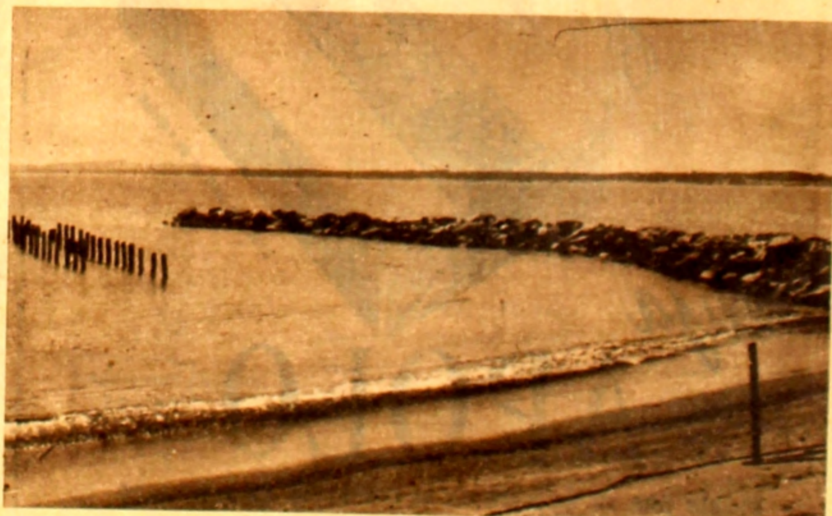
Los mejillones que se crían en los pies de cemento del muelle de Punta del Este, al crecer, se empujan cruelmente, los unos a los otros, por razones del famoso espacio vital, de que hemos hablado en la superficie, y eso da lugar a una destrucción de individuos en un porcentaje que alcanza al ochenta por ciento. Por el contrario, los mejillones que están en esas instalaciones de la Isla de Gorriti, crecen ahora en las mejores condiciones de higiene y de espacio. Estos mejillones son todavía chiquitos. Necesitan crecer y engordar durante un año como mínimo, para lograr el tamaño agradable al consumo; pero, como tienen espacio bien calculado para reproducirse, podrán representar un volumen de producción de 200.000 toneladas anuales. El turismo y los aficionados a los mejillones están de enhorabuena.

Las larvas flotantes que antes no encontraban en las movidas aguas de la Isla de Gorriti, lugar de fijación, se desarrollan hoy fertilmente en la mejillonera. De este modo, una playa realmente estéril, ha sido convertida en un excelente centro de vida.

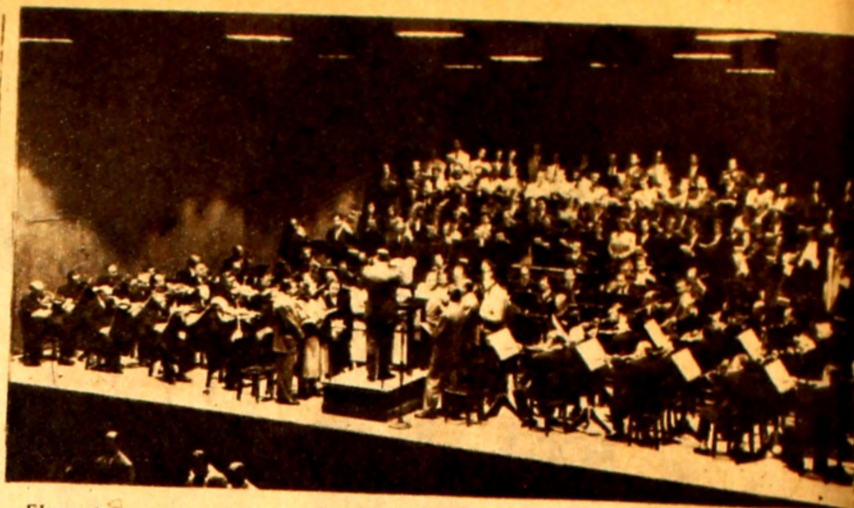
Rodolfo OBREGON.



Traslado de los nuevos cuadros metálicos, para mejillones, a la Isla de Gorriti, en aguas muy adecuadas.



Un detalle del aspecto exterior de la mejillonera. Al fondo la costa de la Isla de Gorriti con sus pinares.



Elementos orquestales y corales del Sodre, bajo la dirección del maestro Castro, en el acto de homenaje a Eduardo Fabini, durante el velatorio realizado en el Estudio Auditorio.

INFORMACION LOCAL



Familiares de Eduardo Fabini, con el señor Intendente Municipal, durante el ceremonial de homenaje al ilustre músico en el Sodre.



Don Cesar Mayo Gutiérrez, candidato popular a la Presidencia de la República, rodeado de destacadas personalidades del Batllismo, en la asamblea realizada en La Paz.



En homenaje al profesor Ludwig Guttman, se realizó una audición de música folklórica indoamericana, e hispánica, ofrecida por el profesor Dr. Víctor Soriano y Sra.



El Presidente de la República y su esposa con la comitiva oficial, en el acto conmemorativo de la batalla de Las Piedras. Al fondo el monumento, obra del escultor uruguayo Juan M. Ferrari.



Cadetes de la Escuela Militar durante el [illegible]



Caballería gaucha perteneciente a diversas entidades tradicionalistas, en el desfile conmemorativo de Las Piedras.



Abanderado de la Escuela Naval y su escolta encabezando el desfile.



La representación uruguaya que obtuvo un hermoso triunfo en el comienzo de la disputa de la copa Río Branco, en San Pablo.



La delegación uruguaya rindió homenaje a la memoria de Río Branco.



De las figuras destacadas de nuestro equipo hemos contado a Máspoli, al que vemos en una brillante intercepción en la segunda lucha en el estadio Vasco da Gama, en Río Janeiro.

LA reciente actuación del equipo uruguayo en Brasil, debe considerarse como un preámbulo alentador en cuanto a intervenir en el Campeonato Mundial de Fútbol, cuyo comienzo está fijado para el 24 de junio en Río de Janeiro.



Ya en Río de Janeiro la delegación halló cordialísima acogida en Fluminense F. C. Vemos a nuestros compatriotas siguiendo las alternativas de una práctica.

PREAMBULOS DEL CAMPEONATO MUNDIAL

El contraste frente a los paraguayos, luego la rehabilitación en San Pablo al ganar a los brasileños por 4 a 3, como más tarde los desempeños tenaces en Río de Janeiro, pese a que se perdió por la mínima diferencia, son alternativas que insinúan favorables perspectivas acerca de los encuentros que impondrá el certamen mundial.

La recuperación que se advierte en nuestro fútbol, tal vez habría necesitado una prórroga en cuanto a las jornadas de Brasil para entonces llegar a las mismas en condiciones más categóricas. Aún hay tiempo para formalizar mejor nuestro representativo y tener lógicas esperanzas.



El conjunto brasileño que, finalmente, se adjudicó la copa Río Branco.

TARZAN

Por Edgar Rice Burroug .s















